NOVIEMBRE

OSCURIDAD de tarde. De la calle sube
un rumor de motores; las maderas
crujen los pasos de un desconocido.
Un nombre y un lugar. Qué lejos
puede ir el corazón por los sueños,
como la mano puede acariciar.
No vuelve
todo el color que gozaríamos: los grises
reinadores, los helados malvas del otoño
penumbra son que borrará fronteras,
egoísmo quemador de la ilusión.
De niño,
imaginas diamante lo que es frágil,
al conocerlo en juventud, al ir mirando
la tristeza en los ojos, con los años...
Como el diario paseante de un camino,
reconociendo el cañizal, la senda estrecha,
olivos, algún día el que vivió junta saberes:
esto era amor, las horas bellas
de la amistad, los años que no vuelven nunca,
aunque pensaras tú que durarían;
de tanto ver un manantial, se piensa
que el tiempo es como el agua.
Quisieras hoy vivir como un agosto
soñaste (parece de otra vida),
y nunca se comienza nuevamente;
el tiempo va lloviendo la experiencia,
juntándola con egoísmo (las preguntas
inoportunas, la infidelidad cobarde),
como ceniza todo o nocturna lluvia
que se ve caer desde la luz, y voces,
y calor, y fuera el aire endurecido.
¿Volver a comenzar? No hay movimiento ágil

si el dolor golpeó. Se van quemando los ojos
de mirar tanto el sol, se van dejando los pasos
uno y dos, y siempre, calles
con la memoria recorridas tantas veces,
o nuevas, al final de un paseo fatigado.
La oscuridad de entonación de réquiem
al decir unos nombres: son la vida
de los que viven de recuerdos solamente.



ALFONSO LÓPEZ GRADOLI